

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVILJANO

Por la senda trazada

En las ruedas de Prensa, las frases del poder parecen claras porque son cortas. Pero **Aznar** se refugia en la obscuridad de su larga oración para decir que un Gobierno no puede investigar los crímenes y robos del Gobierno anterior, sin entrar en una senda peligrosa para la democracia y subvertir su lógica. Esta inaudita doctrina supone que denunciar lo punible no es tarea del Gobierno (como si no tuviera un ministerio fiscal y un deber legal de dar las pruebas a los jueces!) y que la responsabilidad política se ha evaporado en las urnas (como si el paso a la oposición de un gobernante legitimara su deshonestidad!). Aunque fueran de buena fe, los errores de la autoridad, sostenidos con la fuerza del Estado y la coacción de la propaganda, carecen siempre de la inocencia que a veces caracteriza a los de los particulares. Poco nos importa la buena o mala fe de Aznar, si su pernicioso error prospera en los juzgados, por no entregar los documentos que le piden; o en el Parlamento, por vetar la comisión de investigación pedida por cuatro grupos; o en los medios de comunicación, por imponer sus aberrantes tesis como pasto para listos y aduladores que las repitan con aires de comprenderlas.

★

No hay investigación legal de la verdad que pueda ser peligrosa para la senda de la libertad o la lógica de la democracia. Lo subversivo es la ocultación por este Gobierno de la subversión de todos los valores llevada a cabo por el otro. Aunque sólo fuera por la función educativa que el conocimiento público de la verdad tiene para las masas gobernadas, aunque no fuera absurdo que sean inexigibles las responsabilidades del pasado a quien ha dejado de tenerlas en el futuro, lo que se espera del Gobierno no es que controle a la oposición, cosa que ningún imbécil le ha pedido, sino que investigue y diga la verdad sobre los crímenes del Gobierno cesante. Y no sólo por razones éticas, como se dice sin conocer el alcance de la responsabilidad política, sino por deber gubernamental y lealtad a su promesa. Las urnas no depuran las responsabilidades políticas de los elegidos por tres razones irrefutables: no se eligen personas individualizadas sino listas de partido; los electores no expresan los motivos de su voto; la jurisdicción electoral no tiene competencia, en una democracia, para sentenciar cuestiones de moralidad o de veracidad.

★

Si es absurdo que un Parlamento pueda acordar la destitución de un jefe de Gobierno cesado, no lo es que la mayoría sabedora de sus pasadas fechorías lo declare indigno de la confianza pública, para el caso de que los tribunales no lo castiguen con la pérdida de sus derechos políticos, por no poder apreciar las pruebas escondidas bajo el falso manto de la seguridad del Estado. Quiero suponer que Aznar es libre de caminar hacia el deshonor o hacia la dignidad. Lo que no puede hacer, sin descubrir la superchería, es decorar la mueca sonriente de la indignidad con la fea máscara de la ignorancia doctrinaria. ¿Sabe que la voz responsabilidad fue creada en nuestra lengua, antes que en inglés y francés, para definir las consecuencias personales y desagradables de los malos actos de gobierno? ¿Qué confianza le inspira el sistema político si la investigación de la verdad lo pone en peligro? ¿Qué lógica será subvertida por el conocimiento de la verdad en la sospecha nacional que motivó el adelanto de las elecciones y la llegada de su partido al poder? Si no entrega los papeles del CFSID ni crea una comisión parlamentaria, estará ocultando la razón por la que está en el gobierno. Y nacará el derecho a sospechar que se comprometió a caminar sobre la senda trazada por su antecesor.

TRIBUNA LIBRE

El porvenir de la filosofía

[ALFONSO SASTRE]

ESTE podría ser un artículo bastante importante si lo escribiera alguien situado en el coltario filosófico o sus alrededores, pero también sería conveniente que su autor fuera verdaderamente un filósofo en el sentido técnico de la palabra, y no es éste tampoco el caso, pues quien lo hace es, ay, alguien de quien lo más que se puede decir es que hizo sus cursos de filosofía a trancas y barrancas, y dedicó sus mejores horas a la vida y al teatro y —también— a una lucha idiota por la justicia social y por la libertad, que vista ahora da un poco de risa. Así son las cosas, y hay que partir de estos supuestos.

Pero no por eso deja de tener importancia la cuestión: ¿Cuál es el porvenir de la filosofía? Porque la filosofía era algo, al parecer, y hasta tuvo importancia en algunos momentos, y, en el caso de que no haya muerto esta ocupación humana que, efectivamente, tuvo sus momentos brillantes a lo largo de la historia, algo significará todavía y algún porvenir tendrá, si no es que está dando las últimas boqueadas, que yo —que no soy nadie— no lo creo.

Permítanme que se lo diga: el pensamiento es una bella enfermedad que ha dado, a lo largo de nuestra historia, muy buenos frutos, y nos ha ayudado mucho a soportar lo insostenible, y a proyectar hipótesis sobre el futuro; y el hecho de que ahora vivamos en un momento en el que el pensamiento se ha debilitado y se habla de «pensamiento débil» como de un modo de pensamiento, deseable al menos contra los excesos y las estupideces del viejo dogmatismo —no quiere decir que la Humanidad haya llegado a eso como un límite de sus virtuales capacidades (pues estaríamos, nos dicen, habitando en el final de la Historia), y que todo lo que ahora se hace tenga los caracteres de algo que ocurre después de haber ocurrido todo lo que tenía que ocurrir

(postmodernidad). Eclecticismo y escepticismo serían las nociones clave de esta situación, que comportarían en efecto, creo yo, el final de la filosofía. ¿Es, pues, la filosofía una actividad del pasado? ¿Aquello que fue la filosofía en la historia humana ya no tiene sentido alguno? ¿El «pensar» lo que antes era el pensamiento habrá de resignarse a no ser ya sino

«La filosofía necesita de un pensamiento fuerte que opere contra el dogmatismo y el escepticismo»

una organización —una ordenación— de datos empíricos que no tenga capacidad alguna para sacarnos de la incertidumbre sobre las cuestiones fundamentales de nuestra vida? ¿Habrá de reducirse, en los mejores de los casos, a unas pautas morales con las que, en el límite, se pretenda que nos comportemos como algo más que unos seres espectrales vampirizados por otros que se creen muy listos y que, al parecer, se lo pasan de miedo sacándonos de los bolsillos el poco dinero que tenemos, y negándonos el que necesitamos, para ellos darse la vida padre hasta su propia muerte, que, por cierto, vaya un porvenir también para ellos?

¿Qué pasa con el pensamiento? ¿Con lo que era y ha significado el pensamiento? ¿Pensar es un error en el que, tan listos como somos ahora, ya no debemos caer? ¿Los excesos y las imposiciones del viejo dogmatismo

nos han curado definitivamente de la funesta manía de pensar? ¿Pensar era aquello que se hacía suscribiendo una ideología imperante, y por tanto es malo pensar? ¿Pensar era, pues, aquello que hacíamos cuando no pensábamos, al hacer dejación de nuestras posibilidades de pensar en quienes se nos presentaban como los pensadores, o sea, los filósofos, y ahora ha llegado la nuestra, que es la de no pensar, pues la tentativa de pensar nos pone en el riesgo de ser unos dogmáticos?

Yo he conocido a algunos dogmáticos del marxismo, y sectarios a más no poder, que luego, una vez convertidos, manifestaron su horror al dogmatismo que habían tratado de propagar, y se instalaron... en un nuevo dogmatismo, aunque ya antimarxista, (estalinistas al revés llamó Deutscher a estos «renegados»), o ni siquiera eso, porque tal cosa —ser antimarxistas— comportaría estar pringado en esa salsa inmundada de lo que fue el marxismo; sería admitir la existencia —y con ello cierta legalidad de aquella filosofía en otro tiempo glorificada como campeona del progreso humano. ¿Fuimos marxistas? ¡Acaso! ¡Porque se es cualquier cosa cuando se es joven, ya se sabe!

En los pocos años que uno ha vivido —muchos para nuestra persona, pocos en la escala de la Historia— ya ha asistido a estos carnavales, y los mira desde un humor necesario para que la vida, lo que nos reste de vida, no se haga una cosa insostenible. Quienes no hemos sido dogmáticos no hemos necesitado de alguien que —como el pensamiento de Hume a Kant— nos despierte de nuestro «sueño dogmático», y por ello no tenemos miedo alguno a mantener algunas opiniones que nos parecen más evidentes que las más simples verdades de las matemáticas. (Hay más dogmatismo acrílico en la proposición de que dos y dos son cuatro —cosa de la que yo no estoy tan seguro, y en esto me siento acompañado por los postulados de la relatividad—

Cartas

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. Pueden enviarse por correo, por fax (Fax: 586-48-48) o por correo electrónico (E-mail: mundo@di.lemetes).

Felicidades a Umbral

Sr. Director: Cada vez que se concede un premio literario, los lectores nos echamos a temblar. Pero por dos veces en este año, el Cervantes y el Príncipe de Asturias han caído en gracia.

¡Feliz cumpleaños al señor Umbral!, aunque sea con cierto retraso. Le doy

la enhorabuena por el estupendo y merecido regalo para él y para las Letras españolas. El autor que se aferró a Madrid para sobrevivir y tan a su aire descubre día a día esta ciudad; libro tras libro se ha hecho acreedor de un premio con renombre.

Misógino convierto mas nunca confeso. Capaz de levantar los o censuras con su columna tan bien situada. No deja al lector impasible. No puede hacerlo pues es lo único que se ha propuesto desde su primera línea escrita, ya fuese por encargo o rechazada de una en otra editorial.

Nunca pretendió ser el

mejor en nada, sino Umbral. Así rezará para los críticos cuando consigan estudiarle sin concederle derecho a réplica.

Ahora sí estoy convencido, el sillón está esperando y no hay otro Agamenón en el horizonte. Carmen García Candel. Madrid

*

Suntory puntualiza

Sr. Director: En el número del pasado 10 de mayo de la Agenda de Metrópoli «Madrid Gourmet» se hacen unas afirmaciones erróneas que el Restaurante Suntory qui-

siera puntualizar: se dice que Kenjiro Sato es el jefe de cocina del restaurante El Montidero de la Villa, cuando lo cierto es que este señor, desde hace unos cinco años, es el jefe de cocina del Restaurante Suntory.

En la página 22 se dice, entre otras cosas, que la multinacional nipona Suntory posee locales en Nueva York, cuando en dicha ciudad Suntory no posee ningún restaurante.

También se afirma, y esto es lo más importante, que las raciones son pequeñas, y los precios de infarto, diciéndose a continuación que el precio del menú sencillo es de 5.100 ptas. y del